

EL TATUAJE PERDIDO

AUTOR:

GIOVANNI M. ALGARRA GARZÓN

Chloé observó las fotos que le enviaba aquel amigo que habitaba un país distante. Eran los modelos de tatuaje que a él le gustaban.

Mucho tiempo tardó en decidirse aquel amigo por un tatuaje, pues fueron veinticinco años largos de observar en cada oportunidad qué tenía la piel de otros. Nada le gustaba.

Un día una de sus compañeras de trabajo encontró un modelo para ella y se lo mostró a él. Fue una iluminación ese instante, sus ojos se expandieron y sin quererlo codició esa imagen en su piel, era un zorro rojo. Aquel animal libre, feral, inteligente, solitario, nocturno, le provocaba una atracción sin par. Además estaba en esa técnica nueva de "acuarela" que tanto le atraía; sólo en el momento que aparecieron tatuajes en ella se decidió a que debía tener algo tan colorido y difuminado, tan artístico.

El zorro rojo estaba fotografiado en la piel de alguien ya como tatuaje; corría grácil, dejando como estela su cola hermosa, además, una especie de bosque nocturno insinuado por la poderosa técnica de acuarela creaba la idea de una escena tan real como bella.

Siempre en su imaginación los zorros rojos se movían sutilmente, con una forma cadenciosa de caminar, despreocupados y, sin embargo, atentos a todo, ¡todo!

Chloé observó el zorro rojo con detenimiento, algo le inquietaba. Le era profundamente familiar. No recordaba en dónde lo había visto. Se lo dijo a él, a ese amigo casi virtual que le escribía en las noches. No hubo más que un comentario de su talante: "debes habértelo hecho en algún momento de tu vida, ni tus amantes ni tu espejo sacaron a la luz de tu consciencia al furtivo y sibilino animal". Ella sonrió y quedó satisfecha con su divertida ocurrencia. Siempre esperaba algo así para terminar bien su día.

Al despertar en la madrugada se había dado cuenta que el zorro caminaba en todos los sueños de aquella noche. La observaba a lo lejos o lo veía desde atrás, como una mirada divina que lo persigue, estaba siempre allí. Embargada por los sueños, ebria de noche, se lanzó al espejo de su baño. Era demasiado pequeño para ver todo su cuerpo. ¿Hace cuánto tenía ese pequeño espejo? Tal vez toda su vida. Decidida a resolverlo, envuelta en la irracionalidad de lo onírico, salió de su casa y fue a buscar a una amiga en medio de la madrugada fría, en pijama, con babuchas de oso. Llegó a casa de su amiga Leslie. Nadie abría la puerta, así que se enfocó en hacer el ruido necesario para que le abriera. En poco, se escucharon pasos rápidos al interior de la casa. Su amiga abrió espantada y al verla gritó, ¿Qué ocurre Chloé, estas bien? Chloé no contestó y sutilmente se coló por la parte vacía que dejaba su amiga en la puerta. Subió al baño y se desnudó frente al espejo, se vio toda, de repente se detuvo; temblorosa, sobrecogida y horrorizada... un zorro rojo que caminaba ligero en un bosque nocturno trataba de huir de su mirada atónita.

